

ARTÍCULO

FALACIA DE LA CRISIS ECONÓMICA Y DE LOS VALORES HUMANOS

M. en C. José David Lara González.
Profesor investigador del Departamento Universitario
para el Desarrollo Sustentable
Instituto de Ciencias de la Benemérita Universidad
Autónoma de Puebla.
México.
flobobos2002@yahoo.com.mx

Falacia de la crisis económica y de los valores humanos

RESUMEN

Se presenta el modo equivocado de plantear la situación mundial que da por resultado el contemplar la existencia actual de una crisis económica y de una crisis de los valores humanos. Se muestra la inexistencia de tal crisis económica y se explica que la considerada como una crisis de los valores humanos no es tal, sino la modificación y surgimiento de valores dentro de la época en que vivimos. Se argumenta sobre el origen y las formas en que esto se ha dado y se propone a la resistencia social a manera de contrarrestar los problemas implicados. Se invita a los lectores a la reflexión de lo expuesto.

PALABRAS CLAVE:

Economía, modelos existenciales, cambio de valores humanos, resistencia social.

ECONOMIC AND HUMAN VALUES CRISIS FALLACY

ABSTRACT

This paper depicts a wrong way to present the world situation which results in the current existence of an economical and human values crisis. This shows the existence of an economical crisis, it also tells us that there is not a human values crisis, but there is a renewal or modification in the human values that this society upholds. This essay argues the origin, and the way this human values shift has taken place. Finally, it proposes the social resistance as a way to attack the problems inherent to it. It invites the readers to reflect on the topics presented through this article.

KEY WORDS:

Economy, existential models, human values shift, social resistance.

Introducción

Continuamente se habla de la crisis que se vive en todo el orbe. Se señala repetidamente a la crisis económica que nos golpea día a día, y al mismo tiempo, se nos habla de la crisis de valores en las distintas sociedades del globo. Se plantea a la crisis económica como la raíz de las demás crisis. Se asume que los cambios económicos son seguidos de los correspondientes en la cultura, política e ideología (Ordoñez, 2004).

Entran a escena mundial la ciencia y tecnología como motores y pilares de la marcha “indetenible” hacia el progreso, pero como lo acusa Heidegger, el hombre se aprovecha de la técnica, maravillándose de ella sin pararse a reflexionar sobre su esencia. La máquina no tiene alma pero el hombre sí, lo que tiene que marcar diferencia para no cumplir la observación de Einstein: el progreso tecnológico es como un hacha en la mano de un criminal.

En cambio no se plantea lo que al ser humano y a la naturaleza les ha ocurrido en la búsqueda del desarrollo, al menos no en el mismo plano que los referentes económicos, políticos, técnicos y científicos.

Pero en el fondo la crisis mundial actual no es una de la economía ni de la tecnociencia, es una crisis de lo más íntimo-subjetivo de la humanidad donde lo humano de la naturaleza y lo natural del ser humano han sido desplazados a sitios secundarios intentando abatir el espíritu, la conciencia, la mente, para ser cubiertos por elementos de la parafernalia del desarrollismo montado en las alas de la productividad-competitividad, la rauda ganancia máxima, el consumismo y el culto al éxito-individualista-hedonista. Lubricado ello por el manejo maniqueo de una democracia posicionada en “el trono de la verdad”, vista como resolutive de todo. Sin embargo, la crisis económica no existe y la de valores es un planteamiento equivocado, minimizante del asunto.

A mediados del siglo XX junto a los esfuerzos por impulsar el desarrollo mundial, se plantea la procuración del Estado de Bienestar. Se entiende a tal Estado como un proyecto de sociedad modelo donde el gobierno ejecuta o debe ejecutar políticas sociales que garanticen el bienestar social en esferas básicas de servicios, salud, educación y seguridad para mitigar las diferencias entre las clases sociales de un país, en una expresión de la legítima justicia que debería imperar y vistos como derechos comunes, principalmente para asistir a los más desprotegidos.

El Estado de Bienestar se procrea en los países “desarrollados” y se dispone después a ser implantado en el resto del mundo. Es el Estado Moderno que surge como una reacción a los desastres nacionales e internacionales de un modelo dejado a la ley del más fuerte. Su creación se nutrió de diversos movimientos sociales, políticos, éticos e intelectuales, de las luchas sindicales y del instinto de conservación humana a la luz de experiencias destructivas muy dolorosas y de amenazas mayores (Ugalde, 2008). Ante la competencia de los modelos fascistas y comunistas, el capitalismo se vitalizó con las tesis de Keynes de la intervención del Estado para establecer equilibrios promoviendo el desarrollo humano y social, palestra del Estado de Bienestar.

Otros economistas hacen sus aportaciones. Pareto decía: “la Economía Política no debe tener en cuenta la moralidad. Pero cualquiera que alabe una medida concreta, debería tener en cuenta no sólo las consecuencias económicas, sino también las morales, religiosas, políticas, etc.”.

Pareto estableció lo que se conoce como “óptimo paretiano”: mejoramiento paretiano es todo cambio en el que algún individuo obtiene más utilidad sin que disminuya la utilidad de ningún otro. Con sucesivos mejoramientos paretianos se alcanzará una situación óptima. Un óptimo paretiano es una situación en la que nadie puede conseguir un aumento en su utilidad total sin que ello implique disminución en la utilidad de otro. Empero, él mismo determinó la llamada “Ley de Pareto”: la desigualdad económica es inevitable en cualquier sociedad, concluyendo que la distribución de la renta en cualquier sociedad responde siempre a un mismo modelo, por lo que serían inútiles las políticas encaminadas a redistribuir la riqueza. Con posiciones teórico-intelectuales como esta última no sería muy difícil entender las razones del presente escrito, como veremos a continuación.

La inexistente crisis económica

No hay una crisis económica. Jamás había existido una riqueza económica tan grande como la hay en la actualidad. Nunca unos cuantos habían sido tan ricos como hoy. Sus fortunas amasadas son tan enormes como desconocidas y absurdas. Con la riqueza económica y los recursos y elementos (naturales y otros) actuales, el mundo bien podría ser muy otro. La supuesta crisis económica es el decurso común del proceso de acumulación capitalista impulsado por situaciones de crisis (como lo señaló Marx) entre ellas las económicas, repetidas en ciclos (Altwater, 2006). Es el ejercicio del poder en un sistema donde la especulación económica sustenta carta de naturalización y eje central, difícilmente alcanzable por otros hitos del mismo.

Si se aceptara la existencia actual de una crisis económica no sería otra que una más de las muchas etapas donde se presentan crisis económicas, reconociendo que es posible encontrar varias crisis económicas en una sola época. Pero explícitamente nos estamos refiriendo a que hay una falacia en el suponer que el deplorable estado actual de las relaciones socioambientales y con ellas, las del propio ser humano y su íntima humanidad son derivaciones directas de la más o las más reciente-s de tales crisis económicas. No es la carencia-escasez de recursos económicos la causal del malestar mundial sino la inequitativa e injusta (Boron, 2006) distribución de los recursos y medios económicos dada por una plataforma de egoísmo, avaricia, codicia, ansias de poder y dominación, monopolismo, insolidaridad, inconsciencia e irresponsabilidad. Esta es la falacia a la que nos referimos aquí.

Las distintas crisis económicas han castigado a la naturaleza dentro y fuera del ser humano, lo han impactado de modos graves con lesiones perdurables, pero al mismo tiempo, tenemos que destacar que no han alcanzado obrar de manera definitiva: la humanidad ha logrado sobrevivir los embates y reincorporando sus potenciales se remonta a cada impacto.

La denominada crisis económica actual es una permanente y añeja lucha de los poderosos por mantener el poder y sostener sus dotes hegemónicas; no es una crisis del desnudo sustrato económico, del capital,

lo es de las contradicciones que tal sistema funda, mantiene y se esfuerza por extender en tiempo-espacio. Recordemos como lo señalan distintas tesis marxistas, que el mismo capitalismo (hoy neoliberalismo) es un sistema contranatural, autodestructivo (Altvater, 2006).

¿Podría hablarse de una verdadera crisis económica cuando el país “rector” del mundo ha gastado desde 1945 más de 4 billones de dólares (más que su deuda nacional) en armas nucleares cuya “utilidad” humana sería tan difícil de comprobar? (Chomsky y Dieterich, 2004). ¿Podría decirse que hay crisis económica cuando la Pepsi Cola, que aparece en el lugar 35 de las 60 marcas más “valiosas” del mundo, para el año 2000 era estimada con un valor de 6600 millones de dólares y, la marca líder Coca Cola era estimada con un valor de 72500 millones de dólares para el mismo año? (Werner y Weiss, 2006).

¿Sería válido hablar de esa crisis económica cuando el hombre más rico del planeta tiene en sus haberes más millones de dólares que muchos de los países existentes que en contraparte tienen millones de pobres en sus poblaciones?

Cuando menos en el caso de Pepsi Cola con tan elevados recursos económicos en lugar de mejorar las condiciones laborales entre sus trabajadores, hoy, en el 2008 se dispone a dejar sin empleo a más de 3000 miembros de su personal, parte de ellos en México.

La supuesta crisis económica es una suerte de distracción, pues parecería cierta la aseveración de J. Giraudoux “hay verdades que pueden matar a un pueblo” enrocada a la pregunta de Nietzsche ¿cuánta verdad soporta un espíritu? Lo que en el fondo se encuentra en una condición lamentable es la distribución de la riqueza mundial, insistimos, (aunque puedan indicarse otros aspectos como las formas en que se obtiene tal riqueza y los costos ambientales y humanos que acarrea el lograrla): nunca los ricos habían sido tan ricos y no habían existido tantos pobres ni tan pobres.

No podemos hablar de que esta sea una crisis porque esta situación es demasiado larga, duradera y sostenida, es más bien un estado.

Los modelos existenciales que se han ido sucediendo en los últimos siglos no han generado más que un desarrollo incipiente que no ha conducido al progreso. Boron (2006) es categórico concluyendo: Marx se sentía urgido por trascender el régimen capitalista habida cuenta de su radical IMPOSIBILIDAD de construir un mundo más justo, humano y sostenible.

El desarrollo ha sido en los ámbitos económico, científico y tecnológico; se han desarrollado los objetos no los sujetos. Se ha presentado un desarrollo de grupos minoritarios muy reducidos, elitistas. En cambio el deterioro de los grandes conglomerados humanos, de la naturaleza y de los interiores del ser humano son manifiestos y lacerantes. Esos modelos de vida no son modelos de desarrollo humano sino deseos materializados de sus gestores, bajo los códigos centrales del sistema acusados por Luhmann: poder, dinero,... de un sistema anonimizado por sí mismo: la denominación “capitalismo” es dada por los opositores de tal modelo, el sistema de acumulación totalitario no se reconocía así por él mismo.

Podemos tomar como indicador del desarrollo-progreso a la calidad de vida. Este indicador es reciente, podría datarse su arranque en las décadas de los años cincuentas y sesentas del siglo XX en parte como concientización de los problemas ambientales y expresión del deterioro acelerado que la vida en las grandes urbes iba teniendo por el desequilibrio socioambiental que se presentaba por la vehemente industrialización y materialización de la vida. En la década de los años setenta se asienta el uso de este indicador y para los ochenta se consolida como una idea más o menos clara que hasta nuestros días no logra una definición absoluta, que quizás no se alcance en lo breve.

El concepto de calidad de vida ha recorrido su camino y se lo ha plasmado de modos distintos hasta irse volviendo más integrador. Primero recogía componentes de tipo objetivo sobre lo económico-social para después incorporar cuestiones subjetivas. Por ejemplo, se ocupaba de la obtención de un trabajo pero no de su calidad socioambiental. Ahora con las consideraciones subjetivas el tener un trabajo no basta sino que hay que vigilar las condiciones en que se da. Calidad de vida es un concepto complejo y multidimensional (Norzagaray, 2007).

En general podemos considerar a la calidad de vida como la combinación de las condiciones de vida y la satisfacción personal ponderadas por la escala de valores, aspiraciones y expectativas personales, que si son ambientalizadas llevarán una porción de elementos socializados, es decir, en la sustentabilidad no se puede hablar de calidad de vida si la misma calidad no se presenta en nuestros congéneres.

La calidad de vida no es fácil de conceptualizar, si sus puntos objetivos no son sencillos de plantear y manejar, los subjetivos son más ariscos aún. Contribuye a su complejidad, su vinculación directa al tema de las necesidades humanas, que tampoco se dejan manejar con sencillez, tiran su propio contenido de subjetividad y relatividad y entonces no se logra un consenso “universal” sobre ellas. Maslow (1954) aporta una clasificación de ellas y después Max Neef (1993) las enrola al desarrollo a escala humana, pero las necesidades humanas permanecen bajo discusión y análisis y tal vez se persista en ello. Entonces, las necesidades (junto con los satisfactores y bienes) aliadas a la propia problemática de la calidad de vida determinan una irresolución del caso: son instrumentos incompletos en transformación que a su vez dan cuenta del dinamismo de la sociedad. Pero también cabe lo indicado por Sen (2000) “no basta con definir el desarrollo puramente en términos de satisfacción de necesidades”.

Sin embargo, aunque no se dé un acuerdo teórico ni práctico sobre tales conceptos, la calidad de vida es un indicador importante del proceso evolutivo de las sociedades y sus Estados de gobierno y de derecho.

El economicismo-desarrollismo ha garantizado, incluso a perpetuidad, un muy alto nivel de vida para unos cuantos privilegiados, pero ese alto nivel de vida no necesariamente significa una vida de calidad, ya que los privilegiados pueden tener todo lo material que el mundo da, pero son sabidas sus carencias en lo elementalmente humano: de no ser así no tendrían el valor de llegar a tales niveles de acumulación de riqueza y poder y se desprenderían de ellos, algo inimaginable: “... son tan pobres que sólo tienen dinero (y poder)” evidencia la filosofía común. Esto se puede apreciar en la lista que Werner y Weiss (2006) presentan: para 1999 el Instituto de Estudios Políticos de Washington reportaba que dentro de las cien potencias económicas más grandes ya había más empresas que países. Es más, en el lugar 23 de dicha lista aparece la primera empresa, General Motors, es decir, que tan sólo 22 países presentaban economías más poderosas que ésta empresa, cuando en el mundo tenemos más de 200 países, esto sin dejar de estimar la estrecha vinculación entre tales empresas y los Estados incluso bajo el sentir, por ejemplo, de: “what is good for General Motors, is good for USA”.

El indicador de la calidad de vida suele demostrar que esos modelos existenciales aplicados no han impactado favorablemente a los grandes grupos sociales que son vistos en lugar de sociedad, como un público espectador, audiencia para los medios y adictos al consumo.

Esos modelos no han logrado un cambio cualitativo positivo en la vida de las mayorías. Las grandes mayorías no vivimos como vivían las mayorías de siglos pasados (aunque se tiene que resaltar que en algunos casos

sí y aún en peores condiciones que en aquellos tiempos). Hay condiciones de vida actuales que no pueden compararse con las de entonces, donde las sociedades no eran más que una especie de cúmulos de esclavos que valían menos que una res (etimológicamente, cosa), pero las diferencias entre poderosos y pobres son tan obvias que podrá hablarse de un cierto desarrollo, pero éste se mantiene aun muy distante del progreso socializado: de acuerdo a la revista Fortune y al Banco Mundial, entre 1983 y 1999, las ganancias de las 200 empresas más importantes del mundo se incrementaron un 362.4%, mientras que en el mismo periodo la cifra del empleo sólo creció un 14.4%. La participación de esas empresas en el PIB mundial ascendió en este lapso al 27.4% pero su participación en el empleo es ese 14.4%. Números que cobran mayor relevancia cuando se ve que en América Latina el 45-75% de la población económicamente activa sobrevive con apenas 150 dólares mensuales, cuando en las grandes ciudades del área se requiere un mínimo de 500.

Cuando se consideran los costos que la humanidad del ser humano y que la naturaleza han pagado por el precario avance del desarrollo, se ve que el progreso no sólo no se ha alcanzado sino que se ha alejado más: se le está imposibilitando.

Estos patrones de vida tienen su propia base teórica de sustentación, la cual incluye personajes distinguidos, entre ellos premios Nobel, contra los cuales no es fácil disentir y se crea una línea nueva de trabajo, el campo del "capital humano".

Schultz, premiado así en Economía, argumentaba: "en el aumento de las capacidades adquiridas de la gente en el mundo entero, y en los adelantos del conocimiento útiles está la clave de la futura productividad económica y de sus contribuciones al bienestar humano" (Schultz, 1985). Se aprecia la correlación que le establece a la productividad económica y al bienestar humano inclusive en su priorización, así como su pensamiento alineado al utilitarismo, medular en estos modelos. Otra fuente de teoría del capital humano, Becker (1964) asevera: gastos empresariales y gubernamentales en formación, educación o salud son inversiones de capital que no producen capital físico o financiero sino humano.

Si bien estos y otros enunciados tienen su lucidez, requieren ser convalidados en la realidad donde se enfrentan a situaciones ya no teóricas ni retóricas. Pierden solidez cuando para ser validados hacen "petición de principio", es decir, plantan momentos hipotéticos donde se quiere la universalidad de la actividad económica separándose de las muy distintas "realidades" de cada sitio, pueblo, nación, país, grupo social y momento, es más, se llega a idealizar tanto que tampoco el tiempo juega un papel en esos postulados los cuales se suponen atemporales si no que eternos.

Schultz (1985) dice: "la teoría económica fundamental es de aplicabilidad general". Agregando: "el incremento en los ingresos de la mano de obra depende básicamente de que se obtenga incremento en el valor de productividad de ésta". Sin embargo, como indican Chomsky y Dieterich (2004), tal teorema sólo es correcto si los incrementos de productividad son pasados total o parcialmente hacia los trabajadores, lo que a su vez, depende de la correlación de fuerzas entre el capital y la fuerza laboral. La realidad cruda indica que los incrementos de la producción-productividad no pasan a la planta laboral sino que son absorbidos por el capitalista, de ahí que en lugar de cobrar ventaja el trabajador de la explosión de la productividad, haya visto un estancamiento o reducción de su salario con la mutación de sueldos a salarios. Además, se puede reforzar esta situación dolorosa para el no pudiente en la interminable pérdida de puestos de empleo. México no queda al margen y cada día vemos como la gente va siendo eliminada de su trabajo o se encuentran bajo tal amenaza que se expande continuamente sobre nosotros mismos.

La realidad de una crisis en lo económico no estaría en la producción de la riqueza; la ganancia está asegurada desde hace mucho tiempo; aunque esa “seguridad” esté coludida con mediocridad e insensibilidad de la existencia, como lo apunta Hume. La mácula verídica de una crisis en el cosmos económico está dada en la distribución de la riqueza de las naciones que ha sido tan desequilibrada hasta niveles de hambre y penuria que llega a la muerte temprana y muerte cruelmente evitable de muchos congéneres, no se diga de otras especies no humanas, constitutivas del ecosistema Tierra.

En la aurora del siglo XXI en América Latina el 19% de su población era “extremadamente pobre” mientras que el 44% de la misma “solamente” era pobre (Cecchini, 2005). Para 1995 en la Ciudad de México del total de la población empleada el 11.4% ganaba menos de un salario mínimo; el 36.2% ganó entre 1 y 2, sin categoría para gente que ganara 3 salarios, mientras que el 5.5% no recibió ingresos. Agregando a ello la tasa de desempleo abierto de ese momento resulta que la población precaria urbana era del 60%. Y esto para un país con riqueza petrolera, entonces ¿qué se puede esperar para países como Haití, Bolivia, etcétera sólo en nuestra América? (Chomsky y Dieterich, 2004). Pero en 2007 Norzagaray concluye en su investigación que un considerable porcentaje de la población mexicana en “edad productiva” (15-64 años) se encuentra desempleado: todavía peor que esto, la autora determina que se carece de seguridad social.

Agravando la agudeza del problema económico surgente de la mala distribución de la riqueza que no ha llevado al Estado del Bienestar sino de precariedad, apuntamos lo mencionado en la Constitución Política mexicana: “los salarios mínimos generales deberán ser suficientes para satisfacer las necesidades normales de un jefe de familia, en el orden material, social y cultural y para proveer la educación obligatoria de los hijos”. Empero, en un estudio de la UNAM, 1995, se llegó a la conclusión de que el salario mínimo nominal de ese entonces sólo cubría el 30% de la canasta obrera indispensable. A esto debemos sumar que estamos hablando de las personas que tenían trabajo, la situación de las desempleadas sería peor.

En la lista de Werner y Weiss de las 100 potencias económicas más grandes del mundo (2006) México figura en el lugar 11. Lo cual se pudiera considerar como gran logro, pero en otras referencias comunes aparecemos como uno de los países con mayor inequidad económica donde las citas “descuidadas” ubican una población de la cuarta o quinta parte de pobres y “pobres extremos” (como si no fuera “suficiente” ser pobre) mientras que otras cifras declaran hasta una tercera parte, o en el caso extremo, la mitad de la población batallando con la pobreza. Dentro de un país que cuenta entre sus ciudadanos con la segunda persona más rica del mundo cuya riqueza material es de miles de millones de dólares. ¿No es acaso una falacia la crisis económica asumida así, sin mayores referentes?

Falsa crisis de valores humanos

La sociedad es una construcción abstracta. No existe físicamente algo denominado sociedad, sin llegar al extremo del “objetivismo” hasta irracional como en el señalamiento dado por esa frase tristemente histórica de Margaret Thatcher: “la sociedad no existe, existen los individuos” o en otra vergonzante declaración histórica de Pinochet: “¿existe algo llamado derechos humanos?”.

La sociedad es una de las formas humanas de asociación. Es parte de la subjetividad de los seres humanos. El ser humano posee alta cualidad de abstracción de ahí su capacidad de generar filosofía, ciencia, tecnología, etc. Otra de sus obras de abstracción son los valores, a los que se supone, comúnmente hoy, que están en crisis. Empero, para nosotros este es un mal planteamiento. Aunque se presta a mucha crítica, nosotros

entendemos que los valores no están en crisis.

Una crisis no puede ser tan duradera que se haga permanente (como ya lo dijimos). Como sostenía Castoriadis (2002): en una crisis hay elementos opuestos que se combaten, mientras que lo que caracteriza a la sociedad contemporánea es la desaparición del conflicto social y político. En la aparición de lo que Marcuse (2001) llama "la sociedad unidimensional" dada por la homogenización del humano al devenirse "hombre unidimensional".

La tendencia generalizada a observar el acontecer actual de los valores como una crisis es una apreciación errada. Estamos tan "acostumbrados" a pasar de una crisis a otra que el manejo del término crisis se ha desvirtuado, adquiriendo múltiples significados siendo aplicado "libremente". Etimológicamente significa separar, discernir. Empero, ante la confusión cotidiana y de los vertiginosos cambios en el lenguaje primero, y en las significaciones de las palabras después, de lo que nos da cuenta Roitman (2003) "al trivializar el lenguaje se resta fuerza al significado semántico fortaleciéndose una interpretación sintáctica y pragmática de la realidad", se asume como crisis a casi cualquier punto álgido de un proceso, pero no todo punto cima o sima implica una crisis. Frente a las transformaciones que los valores están teniendo en las últimas décadas es un "lugar común" del común de la gente, el suponerlas como una crisis más, haciendo eco de la apostilla de Chesterton: "no sólo estamos todos en el mismo barco, sino que todos estamos mareados"...

Cada etapa humana tiene sus propios valores y pese a que en ningún momento negamos que hayan valores históricamente forjados y presentes, sostenemos que cada grupo social y época van reubicando sus valores reubicándose en ellos a la vez: lo cual es una parte de la cultura, cultura que puede observarse de desiguales modos: el nazi Hermann Goering soltó una "exquisita" frase histórica "cuando oigo la palabra cultura, saco el revólver".

Cultura es la ética aunque pueda ser manipulada de acuerdo a lo que se pretenda de ella. La ética no está peleada con el Estado él mismo la promueve como lo puntualizaba Hegel, pensador resuelto a la conformación del Estado rector en una nación y que presentaba al propio Estado como el momento ético de la vida de las naciones (Dri, 2000).

Parte de los valores constituye a la ética pero esta no es UNA ni universal: el nazismo aunque para muchos afuera de esa ideología nos pueda parecer inmoral-amoral, para los nazis era un movimiento de índole ético-moral (Cosacov, 2008) y no sólo eso sino que era una ética fundamentalista que quería transformar la moral convencional "poco apta" para la entrada en la historia del superhombre ario de ese sistema para, simultáneamente, cambiar radicalmente al hombre y al mundo en el "imperio de mil años" soñado y prometido por Hitler.

Parece que lo que se formula como crisis de valores más bien es una crisis del pensamiento y de lo metafísico que han sido combatidos y desalentados por décadas o siglos para mantener a las mayorías poblacionales ("masas") en un estado laxo, INESTABLE, pero bajo control satisfactorio para el sistema dominante. Las percepciones que toman a las modificaciones valorales que se están presentando ahora son expresiones de una sociedad manejada por sofistas que crean y consolidan un sofisma tras otro (Roitman, 2003). No cualquier persona tiene la formación ni las condiciones para darse cuenta de estar ante un planteamiento permanente-programado de sofismas hechos por los sofistas profesionales y científicos del sistema. Menos para desatarse de ellos y atacarlos, por tanto los acata.

Desde nuestro punto de vista esto es lo que está pasando ahora: hay un cambio axiológico acompañado del surgimiento de otros valores, unos que son matizaciones de valores que ya existían y otros más que pueden verse como nuevos; tomando en cuenta que: “finalmente todo lo que se halla frente a nosotros, todo lo que se dirige a nosotros y toma posesión de nosotros, toda participación de la existencia, todo se disuelve en una flotante subjetividad” (Buber, 1995) para que Engels (¡nunca Einstein!) complete la curva aduciendo que todo es relativo.

Los referentes de tiempo y lugar son inseparables del atado valoral que aplica en determinada cultura, son parte intrínseca de ésta. Así, en algún momento contar con un caballo o usar pelucas era visto como representaciones de un valor. Ahora la TV, el teléfono celular, la PC o el automóvil son íconos de valor de una sociedad occidentalizada con hartito apetito por los aperos tecnológicos; después no sabemos cuáles serán los referentes simbólicos del cosmos de valores.

Los seres humanos somos cambiantes no somos hechos de una manera para siempre. El humano cambia y más cuando los tiempos se alargan. Siendo los valores una construcción abstracta nuestra, sería incongruente suponer y “exigir” que los valores fueran inamovibles: incluso hay teóricos que suponen al desarrollo con un componente de transformación de valores (Sunkel, 1980). Una cosa es plantear que algunos de los valores humanos por su importancia y naturaleza se deseé su “universalización” y otro asunto muy distinto es el hacerlos eternos. Lo primero pudiera ser pero lo segundo es más difícil y quizás irrealizable, tal vez ni siquiera fuera lo más deseable en términos de sustentabilidad de los sistemas humanos y de la diversidad sociocultural.

El planteamiento equivocado de asumir una crisis de valores obligaría a pensar que hay una reducción en la “cantidad” de los valores presentes respecto a otros momentos, digamos una pérdida de los valores habidos o bien, que hay un cambio en su priorización o una subversión de estos con un redireccionamiento perceptual y aplicado. Pero también se podrían suponer juntos estos efectos. Tales consideraciones no son fáciles de constatar ni de demostrar: constituyen un sistema imbricado que habría que revisar concienzudamente a fondo con una fuerte base de conocimientos acompañada de una alta dosis de imparcialidad que articule el análisis en una actitud abierta, incluyente y humanamente crítica.

El asunto de que se dé una crisis de valores, es bastante distinto de señalar que con la problemática existente ahora sobre los valores, nuestras sociedades empeoren o se llegue al final de la civilización como hoy la conocemos, en una visión catastrofista. No tenemos las evidencias fuertes y serias que indiquen que algo así podría suceder. Las permutas valorales que se vienen mostrando no pueden POR DEFINICIÓN, extraída de quién sabe qué lugares, tomarse para practicar un vaticinio de lo que vendrá. Los cambios pueden devenir una sociedad mejor o una peor, nadie lo sabe. No creemos en la adivinación ni en el determinismo prosaico. Lo que se puede pronosticar es que las sociedades futuras serán DIFERENTES de las del presente, lacónicamente, donde cada uno tendrá que enfrentar sus realidades bajo la fría y cálida luz de su propia racionalidad potenciada por la fortaleza del espíritu humano que nos ha sacado de las oscuridades de momentos críticos superados, rielando en el ambiente.

En la actualidad los valores no desaparecen, no vivimos una escalada que mate a la axiología, sino que vivimos dentro del proceso modernidad-posmodernidad donde quizás lo más característico sea la desaparición de significaciones y el desvanecimiento de valores, como lo apunta Castoriadis (2002), es decir, un vaciamiento, llegando a la sociedad permisiva reconocida por Antaki (2000).

Los valores son causa y efecto de la sociocultura. En esta sociedad permisiva que ha “derrotado” a la sociedad “represiva”, donde el propio sistema explota las ideas de ir contra las restricciones (Bauman, 2007) hay una transformación del entramado valoral: en algunos casos, las palabras siguen siendo las mismas pero sus significados pueden ser distintos e incluso contrarios. Ejemplo notable: la familia. Sigue siendo un valor en nuestros días, se le llama igual, pero ya no significa lo mismo que antes. Era el puntal de la estructura social, después en la modernidad fue la unidad de producción, ahora en la posmodernidad es la unidad de consumo. Sí, la familia es un valor en la actualidad pero es distinto del valor que antes representaba.

Dado un cierto nivel de la evolución humana, surgen los valores y con ésta base valoral se iban construyendo los diferentes grupos comunitarios y sociales. Los modelos desarrollista-economicistas fundados en las ideas modernas-posmodernas, al tener que enfrentar situaciones problemáticas debido a los desequilibrios que los surcan, han generado una situación diferente a esa evolución de los grupos humanos. Con notoria rigidez y cerrazón, fabrican sus valores, principios y normas con las que la sociedad desarrollista habría de marchar: es el modelo existencial el que diseña la axiología del momento, una de tipo contingente puesto que se intenta una disolución del tiempo; se rompe con el pesado pasado, lastre que “retrasa” el desarrollo promovido desde los centros de poder y se impone un bloqueo del futuro por medio del inmediatez. El presente se ve ascendido a tiempo regente único excluyente del pasado y futuro. Es la vida rápida que tiende a la generación de la inconsciencia en los colectivos humanos para no brindar la oportunidad de la reflexión profunda, para coadyuvar a la entronización de su proyecto axiológico forjando la fatiga física-mental de los individuos transformados en los “operadores sistémicos” de pensamiento superficial evidenciados por Roitman (2003).

No tenemos duda de que hay un cambio en los valores humanos en estos momentos de aguda situación para el mundo.

El cambio valoral no constituye en sí un problema, no lo consideramos un problema, es una parte de la dinámica regular, de la movilidad histórica de la evolución de los ecosistemas humanos. Lo que sí constituye un problema son las razones que se esgrimen para el cambio de valores (si es que se dan esas razones), otro origen de problemas son las formas en que se da el cambio de valores, las fuentes y los medios de que se sirve para realizar dichos cambios y, al último pero no menos importante, el ritmo, la velocidad con la que se están dando los cambios valorales.

Los modelos desarrollistas fincan sus juicios en un razonamiento técnico. En esta clase de raciocinio, el modelo desarrollista de que se trate va a intentar, como le sea posible, la reproducción del modelo por sí mismo y esto no implica que las personas jueguen un rol distinto del de consumidores, electores, pagadores de impuestos, mano de obra y legitimadores. Visión que concibe a las personas como objetos, desposeyéndolos de su naturaleza de sujetos, para que dentro del paradigma productivista puedan ser pensados como un “recurso natural” para que la máquina que el sistema es, no pare.

En este espacio productivista se niega a la Sociología y a la Historia como ciencias (y más cuando se toma a la historia como despliegue de las contradicciones sociales, desde un perfil marxista, contrapuesto al burgués que la reduce a “una crónica de sucesos”). Las ciencias sociales son “administradas” como apologías del sistema con sus teorías de la “elección racional” y otras, propias del neoconservadurismo (Boron, 2006). Se crea a la ingeniería social oponiéndose a reflexiones humanistas como las de Ortega y Gasset (1971): “el hombre va siendo y des-siendo, viviendo. Va acumulando ser (el pasado), se va haciendo un ser en la serie dialéctica de sus experiencias”.

La gente común no es reconocida en su calidad humana y por tanto el sistema no requiere “desarrollar” razones para efectuar cambios en el subsistema de valores humanos. No tiene que dar explicaciones ni rendir cuentas puesto que los que forman el núcleo de poder son aliados entre sí y el resto del mundo representa el “campo de batalla” por el poder hegemónico.

No menospreciamos las razones que el desarrollismo expresa para asestar sus cambios en los valores, pero resaltamos que son razones a modo, donde la crítica es inaceptable y los brotes de oposición son combatidos o “sencillamente” se les descuenta. Esto recalca en lo que Duque (1984) comenta: “cada día... somos menos libres y menos cultos porque somos más iguales y más civilizados...”, en una humanidad homologada y preasignada por el sistema no para ser sino para el “deber ser” dentro de la planeación de la “sociedad unidimensional” de Marcuse.

Otro de los puntos que se semblantean aquí es el de la fuente de donde provienen los cambios en el sistema de valores humanos y, las formas y los medios que se emplean para ejecutarlos. Sucintamente señalaremos que el origen de donde provienen los cambios valorales es única: el grupo de poder mundial. Es el triunfo de la marcha “progresista” del valor de cambio.

Las formas son un tanto variadas incluyendo desde labores de convencimiento, medidas legales (con un nivel de controversia) hasta llegar muchas veces a la burda imposición como en el caso de la democracia, un valor que se quiere universalizar y aplicar indiscriminadamente en todo sitio, situación y ocasión desconociéndose (a propósito) otras formas de afrontar las cosas, así como sus limitaciones intrínsecas y, donde debería pensarse que a final de cuentas la democracia es un modo de gobernancia, no de vida: no es una religión ni una filosofía, no es una panacea: Meiksins (2006) asume “la democracia es camuflada para que el capitalismo pueda tolerarla”. Los escenarios de conflicto se multiplican en espacios locales, nacionales, internacionales y regionales, transformando al mundo “literalmente” en un globo a punto de estallar. Los diagnósticos que se escuchan con mayor fuerza y estridencia son aquellos que señalan como causa del problema a los excesos de las democracias (González, 2006). A nombre de la democracia se han cometido abusos y crímenes: en algunos casos el poder central no se ha detenido para eliminar rivales políticos cobrando libertades y vidas dentro de lo que consideran parte del “quehacer democrático” (Amnistía Internacional, 1995).

Duque (1984) nos recuerda que la revolución moral, consecuencia de la tecnológica, ha impuesto una sustitución de los valores judeo-cristianos por una especie de hedonismo. Valores de antaño son relegados a planos de menor importancia tanto en los colectivos como al nivel individual. Hay una tendencia a enmascarar, declinar o esquivar aquellos valores calificados de apócrifos y arcaicos. Entonces parece que los valores se hacen menos por un efecto de percepción que tiene doble salida: para algunos aligera la toma de decisiones, conductas y actitudes mientras a otros los deja sin “asideros” accesibles. La sociedad presente es compleja, complicada, contradictoria y hasta absurda: inefable, en resumen.

Los medios o recursos que emplea el sistema para lograr sus cambios valorales son variados. Octavio Paz aclaraba: se da un nihilismo de signo contrario al de Nietzsche, “no estamos ante una negación crítica de los valores establecidos, sino ante su disolución en una indiferencia pasiva”; por una involución e inmovilismo añadimos.

El sistema emplea los medios-recursos desde los más populares a través de los medios masivos de comunicación-información, principalmente televisión y radio, hasta los más sofisticados que involucran el manejo subliminal y, en los cuales se recurre a todos los niveles y actores sociales posibles: partidos

políticos, políticos, politólogos, gobernantes, empresarios, instituciones, religiosos, líderes, actores-actrices, deportistas, figuras locales, intelectuales, tecnócratas, etcétera.

El modelo actúa de manera vertical primero y luego horizontal, de arriba hacia abajo. El pensar y sentir de las mayorías son receptores de un diálogo abstruso de comunicación sesgada en un sentido y bloqueada en el otro: no se educa sobre los valores sino se adoctrina (y no precisamente de manera laica). No se enseña a pensar sino que se da un pensamiento prediseñado: los valores se presentan como “decálogo” para memorizar sin cuestionar, los valores se dogmatizan.

Los medios de comunicación-información remarcan que la libertad de pensamiento no radica en el cerebro sino en los genitales e infunden complejo de elemento ASOCIAL a aquel que aún crea en el pudor y la urbanidad. La urbanidad supone el respeto a la intimidad del prójimo; la publicidad de los medios implica su allanamiento. La publicidad entra en el subconsciente dice qué vestir y cómo pensar. La publicidad es uno de los instrumentos de la revolución norteamericana que da al traste con las previsiones de Marx al hacer del proletario no la víctima sino el cómplice del capital. El capital necesita mercado y no se va a quedar con el de las reducidas élites sino que va a la gran masa proletaria. El proletario, por obra de la publicidad se convierte en consumidor y, con la posibilidad de ser accionista, se vuelve explotador de sí mismo (Duque, 1984).

El más poderoso medio que emplea el sistema para imponer sus condiciones y valores es la televisión. El primer conflicto que amenaza la formación en valores son los contravalores que transmite la TV. La TV se ha convertido en pieza fundamental de política cultural. El argumento de las empresas televisivas es el rating: toda empresa es un negocio y su crecimiento depende del mercado; las preferencias del público deben respetarse porque expresan democráticamente el sentir de la población. La libertad de expresión de la empresa, está regulada por la respuesta legítima, libre y democrática de la audiencia; por esto se rechaza cualquier control. La falacia de identificar democracia con mercado y con rating es obvia, no sólo porque el rating capta sólo preferencias entre las opciones que actualmente se están presentando a la audiencia (excluyendo la posibilidad de respuestas a opciones que nunca se presentan), sino sobre todo porque tal argumento desconoce las responsabilidades sociales y morales que conlleva la libertad de expresión (Latapí, 2004).

Por esto Popper reacciona así: no hay nada en la democracia que justifique la tesis según la cual el hecho de ofrecer transmisiones cada vez peores desde el punto de vista educativo corresponde a los principios de la democracia “porque la gente lo quiere”. ¡De esta manera nos veríamos obligados a irnos todos al diablo! (Popper y Condry, 2000).

Finalmente, el problema de la velocidad con que se dan los cambios. La modificación de los valores humanos es demasiado trascendente para ser realizada mecánicamente como lo hace el sistema desarrollista. Son modificaciones que tienen que ser deliberadas, introyectadas antes de formalizarlas y requieren una sensibilización honda del ser humano tanto en su conciencia como en su juicio mayor. Empero, los modelos desarrollistas del inmediateísmo y lo desechable, promueven los cambios valorales a una velocidad pasmosa que nada tiene que ver con la seriedad del caso.

Carente de tiempo y de herramientas suficientes el individuo del “tiempo real” adolecerá también de las sutilezas y profundidades de análisis crítico, sumergido en un magno océano de informaciones por un lado contradictorias y por otro desestructuradas. Baste considerar que en un solo ejemplar dominical del New York Times hay más información que la que una persona culta decimonónica consumía en toda su vida (Ramonet,

1999).

No hay tiempo para la consulta, la reflexión o la duda. Hay una dura limitante para poder asimilar el universo de información actualmente disponible, “en la punta de los dedos” tan sólo pensando en Internet. Mucha información queda “virgen” sin ser tan siquiera conocida (Eriksen, 2001): más de la mitad de los artículos periodísticos publicados en ciencias sociales nunca son citados. Esto puede traducirse en que nadie los lee ni los emplea en algún momento. Una catarata de signos sin contexto... como gritar en la oscuridad de la nada a unos oídos que no quieren oír, ni lo intentan, en un automatismo robótico, triunfo virtual del lenguaje binario... computable finalmente.

La persona común no puede intimar con los valores modificados a tan alta velocidad, no tiene manera de hacerlo, se le presentan como hechos consumados y se alinea en ellos o será señalado por los demás y las consecuencias vendrán. El tiempo es uno “puntillista” (Maffesoli, 2001), un tiempo marcado por rupturas y discontinuidades, donde la vida no es otra cosa que una concatenación de presentes vividos con distintas intensidades desentendidas de la aseveración de Sartre: el pasado ya no es, el futuro aún no es, y el presente no es todo. Se origina así una “cultura ahorista o acelerada” (Bertman, 1998).

Ese “ahorismo” está reproduciendo y se nutre de la vieja confrontación equivocada entre dos de los principales saberes, la filosofía, tan relegada hoy, y la ciencia, tan ensalzada ahora, de tal manera que se cae en la ingenuidad de pensar que puede uno ocuparse de lo universal sin considerar lo particular o se comete la otra ingenuidad al pensar lo contrario, el poder ocuparse de lo particular sin tomar en cuenta lo general.

La celeridad de la modificación de los valores en nuestras sociedades ha caído en la trampa clásica de juzgar el bosque por los árboles o al árbol por el bosque sin mayores contemplaciones, esto es, que se ha dado por confundir lo esencial de los valores por lo meramente circunstancial de ellos. Punto que dada la cortedad de visión del ser humano convertido en agente sistémico, aporta mayor confusión prestada al surgimiento de una actitud violenta y un comportamiento que llega a redundar en conductas agresivas operadas como MIRILLAS del acontecer GLOBAL. La revolución que se está viviendo en los valores, en el sentido estricto de la palabra (volver a andar lo andado), genera un ímpetu que descerraja al individuo y por sinergismo apremia todavía más a la sociedad incrementando su aidez por lo morboso-sanguinario-ultraviolento en una apretada espiral descendente viciada, que no un círculo vicioso como es frecuente observarle.

Cada nuevo valor o cada cambio a un valor anterior necesita una formulación amplia y un proceso de prueba y madurez, pero esta madurez no puede ser artificialmente lograda es paulatina, de años, de generaciones humanas quizás. Aquí madurez implica tiempo y un tiempo de calidad, sólo así los valores serán definitivamente humanos. “Somos responsables no sólo de algo sino ante algo, ante una instancia que nos obliga a justificarnos. Esta instancia, como se dice cuando se deja de creer en la divinidad, es la conciencia moral” (Hans, 1998).

¿No es otra falacia la supuesta crisis de valores presente?

Intento de conclusión

- Las crisis económicas son resultado del desequilibrio antinatural de los sistemas que imponen las obras materiales por encima de las más humanas.
- La actual crisis económica asumida es una perspectiva equivocada puesto que lo que en realidad

se encuentra determinando la mala situación global es la pésima e injusta repartición de la riqueza natural dentro y fuera del ser humano.

- Son tan repetidas y duraderas las crisis económicas que en su conjunto constituyen un estado de la economía.
- Los seres humanos somos seres inacabados en constante proceso de evolución bajo las cambiantes variables que nos determinan como individuos y como miembros de un conglomerado humano.
- El acontecer actual de los valores humanos no puede ser ajeno al proceso permanente de cambio del propio ser humano y sus agrupaciones, por tanto, los valores son modificados.
- La declarada como crisis actual de valores humanos es una percepción poco atinada de la situación valoral cuyos problemas del momento son: los argumentos que se dan para su modificación o la falta de estos; las formas y medios para realizar los cambios y, la alta velocidad de los mismos.
- Una perspectiva alarmista-catastrofista de la actual situación con los valores es inaceptable. Sólo podemos aseverar que las sociedades del mañana serán distintas de las de hoy.

Finalizaremos nuestro escrito retomando a Sabato en "La Resistencia" (2003) con las acotaciones de González Casanova (2006) y Anderson (2006):

"En el vértigo no se dan frutos ni se florece. Lo propio del vértigo es el miedo, el hombre adquiere un comportamiento de autómatas, ya no es responsable, ya no es libre, ni reconoce a los demás.

La historia es el más grande conjunto de aberraciones, guerras, persecuciones, torturas e injusticias, pero, a la vez, o por eso mismo, millones de hombres y mujeres se sacrifican para cuidar a los más desventurados. Ellos encarnan la resistencia.

Se trata ahora de saber, como dijo Camus, si su sacrificio es estéril o fecundo, y éste es un interrogante que debe plantearse en cada corazón, con la gravedad de los momentos decisivos. En cada decisión reconoceremos el lugar donde cada uno de nosotros es llamado a oponer resistencia; se crearán entonces espacios de libertad que pueden abrir horizontes hasta el momento inesperados.

(Es preciso establecer la existencia o ausencia de vínculos entre el capitalismo y las alternativas emergentes, sistémicas y anti-sistémicas, en particular las que conciernen a "la resistencia" y "la construcción de autonomías" dentro del Estado-nación, con los movimientos y fuerzas nacionales e internacionales de la democracia, la liberación y el socialismo. González Casanova).

El mundo nada puede contra un hombre que canta en la miseria."

Ahora cada uno de nosotros tiene la palabra para no aceptar "campechanamente" (expresión coloquial mexicana) seguir viviendo en las falacias y distracciones del sistema, al menos no por la sola comodidad autocomplaciente de no pensar, ...no todos somos ni todos queremos ser miembros de las fast food nations, programadas por el sistema con sus hardwares y softwares ideológicos.

"Las ideas incapaces de conmocionar al mundo también son incapaces de sacudirlo." (Anderson)

Bibliografía

Altwater, L. 2006. ¿Existe un marxismo ecológico? En: Boron, A.A.; J. Amadeo y S. González. Compiladores. La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas. CLACSO. Buenos Aires.

Amnistía Internacional. 1995. Reporte anual sobre los derechos humanos en el año 1994. El Universal, diario de México. 06 de julio.

- Anderson, P. 2006. Las ideas y la acción política en el cambio histórico. En: Boron, A.A.; J. Amadeo y S. González. Compiladores. La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas. CLACSO. Buenos Aires.
- Antaki, I. 2000. El manual del ciudadano contemporáneo. Ariel. México.
- Bauman, Z. 2007. Vida de consumo. Fondo de Cultura Económica. México.
- Becker, G. S. 1964. Human Capital. University of Chicago Press.
- Bertman, S. 1998. Hyperculture: The Human Cost of Speed. Praeger. Londres.
- Boron, A. A. 2006. Clase inaugural. Por el necesario (y demorado) retorno al marxismo. En: Boron, A.A.; J. Amadeo y S. González. Compiladores. La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas. CLACSO. Buenos Aires.
- Buber, M. 1995. El eclipse de Dios. Fondo de Cultura Económica. México.
- Castoriadis, C. 2002. Ciudadanos sin brújula. Ediciones Coyoacán. México.
- Cecchini, S. 2005. Indicadores sociales en América Latina y el Caribe. www.cepal.org.
- Cosacov, G. 2008. Deutches Requiem. Un texto de Borges sobre el mal. Revista Elementos. No. 72. Vol. 15. México.
- De Sebastián, L. 2000. De la esclavitud a los derechos humanos. Ariel. Barcelona.
- Diamond, L. y M. F. Plattner. Compiladores. 1996. El resurgimiento global de la democracia. UNAM. México.
- Dri, R. 2000. La filosofía del Estado ético. La concepción hegeliana del Estado. En: La filosofía política moderna. De Hobbs a Marx. Boron, A.A. Compilador. CLACSO. Buenos Aires.
- Duque, A. 1984. El suicidio de la modernidad. Una revisión crítica de la cultura contemporánea. Bruguera. España.
- Eriksen, T. H. 2001. Tyranny of the Moment: Fast and Slow Time in the Information Age. Pluto Press. Londres.
- González C., P. 2006. Colonialismo interno (una redefinición). En: Boron, A.A.; J. Amadeo y S. González. Compiladores. La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas. CLACSO. Buenos Aires.
- González, S. 2006. Crónicas marxianas de una muerte anunciada. En: Boron, A.A.; J. Amadeo y S. González. Compiladores. La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas. CLACSO. Buenos Aires.
- Hans, J. 1998. Pensar sobre Dios y otros ensayos. Herder.
- Kenneth G., J. 1997. Una sociedad mejor. Crítica. Barcelona.
- Latapí S., P. 2002. La moral regresa a la escuela. Plaza y Valdés. México.
- Latapí S., P. 2004. El debate sobre los valores en la escuela mexicana. Fondo de Cultura Económica. México.
- Maffesoli, M. 2001. El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas.
- Marcuse, H. 2001. El hombre unidimensional. Ariel. España.
- Maslow, A. 1954. Teoría de la jerarquía de las necesidades.
- Max Neef, M. 1993. Desarrollo a escala humana. Icaria. Barcelona.
- Meiksins W., E. 2006. Estado, democracia y globalización. En: Boron, A.A.; J. Amadeo y S. González. Compiladores. La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas. CLACSO. Buenos Aires.
- Ordoñez, S. 2004. La nueva fase de desarrollo y el capitalismo del conocimiento: elementos teóricos. Comercio Exterior. Vol. 54. No. 1. México.
- Ortega y Gasset, J. 1971. Historia como sistema. Espasa-Calpe. Madrid.
- Norzagaray G., S. 2007. Desarrollo, necesidades humanas y calidad de vida. Una interpretación a partir de los indicadores sociodemográficos en México, 1930-2000. Tesis de Maestría en Ciencias en Medio Ambiente y Desarrollo Integrado. CIEMAD. Instituto Politécnico Nacional. México.
- Pareto, V. 1906. Manual de Economía Política.
- Popper, K. y J. Condry. 2000. La televisión es mala maestra. Fondo de Cultura Económica. México.

- Ramonet, I. 1999. *La Tyrannie de la communication*. Gallée. París.
- Roitman R., M. 2003. *El pensamiento sistémico. Los orígenes del social-conformismo*. Siglo XXI-UNAM. México.
- Sabato, E. 2003. *La Resistencia*. Seix-Barral. Barcelona.
- Schultz, T. W. 1985. *Invirtiendo en la gente*. Biblioteca Ariel. Argentina.
- Sen, A. 2000. *Desarrollo y Libertad*. Planeta. México.
- Sunkel, O. 1980. *La interacción entre estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Ugalde, L. 2008. *Globalización, estado de bienestar y neoliberalismo*. Conferencia. Universidad Iberoamericana. Ciudad de México.
- Werner, K. y H. Weiss. 2006. *El libro negro de las marcas. El lado oscuro de las empresas globales*. Debolsillo. México.